

# 1º Certamen Literario HORACIO QUIROGA

---



“El agua descansaba sobre el  
lecho de la calle  
en su letargo final.  
El cielo se abre.  
La noche se despide.  
Lo único que encuentro es la nostalgia  
casi feliz ,de tener dentro mío  
la sed de beber de tus labios  
para siempre.”

---

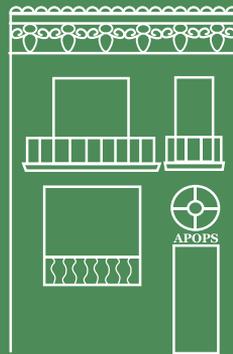
Fragmento del poema “Reminiscencia” de Pedro C. Fernandez



**JUAN CARLOS CAGGIANO**  
Secretario de Cultura

**LEONARDO FABRE**  
Secretario General

# Casa de la Cultura



#CULTURAAPOPS



# Navidad en el Paraná

Por Daniel Erne  
Udai San Nicolás

La canoa se desplazaba al tranco como despidiéndose de a poco de las aguas negras. Román con sus siete años era la primera vez que abandonaba su paisaje. Su padre le había contado que cada tanto el agua se lo lleva todo. El río, el grito marrón del Paraná era un manto y se hacia tan ancho que se perdía en el horizonte. El mismo espacio del cual venían los patos sirirí en el estrecho zanjón de las aguas mansas donde cazaban el carpincho o la nutria. El calor apretaba y la canoa se comía el río repleto de camalotes.

De saber de religión Román lo hubiese comparado con el éxodo de los hebreos. El viaje se hacía largo cuando diciembre estaba terminando. En medio del río el silencio es otra cosa. No existe. El agua tiene su música y con ese ritmo se había criado. Entre los pajonales aprendió a contar pescando las mojaras. Supo del miedo cuando la yará por primera vez mero deó su talón. Cuando su padre le enseñó a matarlas lo hacía respetuosamente como pidiendo perdón por no comerla. En su tierra lo que se mataba se comía, así se lo había instruido.

Diciembre estaba pleno y hostigaba con su sol abrasador lo que estuviese a su alcance. Diciembre, en el Paraná, es el mes de los dorados que, al promediar la tarde, saltaban haciendo piruetas como descocidos payasos. La creciente se había comido los límites pero, a lo lejos, ya se alcanzaba a vislumbrar la costa de la ciudad.

Román la había visitado solo un par de veces la última cuando su madre ya no volvió. Le contaron que se había marchado hacia el cielo. Nadie le aclaró que había quedado en el cielo de la ciudad. Estuvo noches enteras buscándola entre las estrellas que alumbraban su rancho y nunca pudo encontrarla.

Llegaron a la costa donde lo esperaban su tío Ángel y sus primos. Se asomaba la noche y cada tanto las explosiones lo asustaban. Su padre lo miró de la misma manera cuando le picaba en la línea un armado que le arrancaba las manos.

En los ojos encontraba la calma. Eran de pocas palabras, las suficientes y las necesarias porque en las islas se cuida todo, hasta las palabras. Le explicaron sus primos que estaban en vísperas de la noche vieja que en la madrugada llegaría Papa Noel con el niño Dios.

Ramallo estaba vestida de fiesta todo deslumbraba las casas viejas y nuevas estaban engalanadas con luces de colores.

Lo llevaban en la parte de atrás de la camioneta Apache. De vez en cuando su padre se daba vuelta para hacerle saber que estaban juntos, sobre todo en un mundo que ninguno de los dos entendía demasiado.

Cuando su abuela lo abrazó, al llegar al viejo caserón en el barrio de las latas, sintió los brazos de mujer un afecto que ya desconocía.

Desde su llegada las cosas sucedían vertiginosamente. A la misma hora que ponían los platos sobre mesa el ya estaba en su cama del rancho mirando las estrellas. Estaba en un rincón tratando el juego de autos que le proponía su primo. Pero su vista no se desviaba del raído árbol de navidad que, con algunas luces prendidas, se alzaba en un rincón. Su tío Ángel, hermano menor de su padre, se dio cuenta de la intriga de Román. Se imaginó que nunca había visto un árbol de navidad y que jamás había vivido una navidad en el pueblo. Se acercó y despacito comenzó a explicarle la historia mágica de esa noche. Román lo escuchaba muy serio. Juntos se acercaron al árbol y su tío le narraba que esa noche Papa Noel traía un regalo a los chicos que se portaba bien. Le susurraba que todos hacían una carta haciendo los pedidos pero como el había llegado recién podía hacerlo en voz alta. Sin quererlo mientras le hablaba a Román el silencio había ganado la casa y todas las miradas se centraban en su figura. Román miraba el árbol y buscaba los ojos de su padre como pidiéndole permiso. Se encontraron las miradas en el aire de la noche y algunas palabras explotaron de la boca de Román de tal forma que el paisaje se detuvo.

-Quiero que mi mamá baje del cielo porque el rancho se quedó muy solo.

A lo lejos el Paraná seguía su curso devorando todo menos los sueños de Román.

primer premio



# Reminiscencia

Por Pedro Carlos Fernandez

Paraná 451 - CABA

En la tregua del descanso del alma,  
mi corazón palpita con los más  
placenteros sueños del espíritu.  
Ante la alianza inequívoca de la  
muerte y el alma.  
Mis versos soslayan en la  
bruma del universo.  
Recóndito, busco desde la temprana  
alborada tus pasos y tu corazón perdido  
en la búsqueda del amor.  
Sueño con tu figura y tu esencia.  
Y con la flecha iluminada del  
Cupido certero.  
Voy esperándote,  
cuando en la esperanza del encuentro  
se hace realidad la dialéctica de  
comprender el hilo de tus afectos.  
Llueve y te voy buscando en el reflejo  
del asfalto.  
Busco tu cuerpo cálido, y tu suave  
cabello negro, que cubre la mitad de tu rostro,  
pero no la totalidad de tus ojos gitanos.  
Te abrazo, y siento la caricia  
de tus pechos sobre mi pecho,  
y la calidez de tu piel sobre mi piel.  
El agua descansa sobre el lecho de la calle  
en su letargo final.  
El cielo se abre.  
La noche se despide.  
Lo único que encuentro es la nostalgia  
casi feliz, de tener dentro mío,  
la sed de beber de  
tus labios para siempre.  
Nuestro pasado se va mezclando en la  
realidad del presente,  
en la inexistencia del futuro,  
o quizás en la probabilidad  
el amor.